

Trabajo

PERIÓDICO
SOCIALISTA

Año III :-: Se publica los Domingos :-: Aguilas, 2 de Julio 1933 :-: Redacción: Aranda, 17 - bajo :-: Precio 15 cts. :-: Núm. 88

Al corazón del pueblo

DERECHOS Y DEBERES

El clamor inmenso de los necesitados, de los que están pasando hambre, pone de nuevo ante la conciencia de todo aguileño problema de tan vital importancia como el «pase» del puerto a poder del Estado para calmar sus angustias hasta ahora no resueltas.

Un grupo compacto de obreros en paro forzoso, un grupo de hombres desesperados por la angustiosa situación en que se encuentran, piden, con un acento que debemos interpretar como exigencia, que movilizemos todos aquellos resortes que por una u otra forma puedan resolver esta precaria situación que se ha adueñado de Aguilas. Y ante este clamor de justicia, no sólo ya de estos obreros,—que por sí solos bien merecen toda clase de consideraciones—sino por la economía general del pueblo, creemos un deber importantísimo recomendar a todos sin excepción que nuestras fuerzas y nuestras voces peticionarias deben unirse en un fuerte haz para ver de conseguir ser oídos por los Poderes Públicos que por lo visto han creído secundario este interesante problema. Por tanto, todas cuantas labores se llevan realizando a este efecto deben quedar al margen de este nuevo intento, y aprovechando de ellas todo lo que signifique adelanto unir en un solo esfuerzo el rendimiento que puedan dar los distintos organismos.

De todos y por todos es deseado el conseguir la realización de esta empresa. No creemos que nadie pueda interpretar esta cuestión de baja política. Queremos señalar nuestro reconocimiento en que todos los organismos locales están interesados. Sólo falta una cosa para coronar el triunfo en esta empresa: la unión viril de todo aguileño que en conciencia lo sea.

Querer argumentar este artículo con los innumerables beneficios que la resolución favorable de este problema darían a Aguilas sería tanto como creer desinteresados a los que nos pudieran leer en este pliego común a todos que es la única luz que puede hacer resplandecer a nuestro pueblo sumido en un crepúsculo de agotamiento. Aguilas entera ha de acudir a la llamada que este ejército de hermanos nuestros desheredados les hace. No pensamos que pueda haber uno que intente, movido por baja pasión, involucrar la sublime misión de todo hombre honrado en procurar el bienestar de quien no lo posee.

Es la Casa del Pueblo la que inicia este supremo esfuerzo y es, no precisamente para tener la exclusividad sino para poner en marcha el impulso de todos. Somos los más insistentes porque somos los más necesitados. Nadie sabe de la tragedia del hambre como el que la padece. No puede dudar nadie de cuanto afirmamos; la industria y el comercio que son los que también tocan de cerca esta realidad pueden hacer justicia de ello.

Fuera pasiones. Dejemos a un lado cuanto signifique política de partido y pensemos únicamente en estas cortas y significativas palabras: Aguilas necesita de todos sus hijos. Salvemos a nuestro pueblo de la catástrofe económica que sobre él se cierne.

AGUILEÑO:

¿Has firmado los pliegos de peticiones al Gobierno en favor de tu pueblo?

Si no lo has hecho, no tardes. Es por tí para quien pides.

PRO CASA DEL PUEBLO

COMPAÑERO:

No te olvides un momento que tenemos que construir nuestra Casa del Pueblo; por tanto, es preciso que el dinero que puedas gastarte en cosas inútiles o vicios que te denigren lo dediques para redimirte tú y los tuyos.

¡Propaga este consejo, compañero!

Parece ser que la memoria se ha perdido. Por lo visto nos olvidamos cuando nos conviene de que la República llegó a nosotros con una herencia hartamente lamentable por lo miserable. Queremos desprendernos de ese reconocimiento olvidando esa lacerante monstruosidad que nos legaron los despilfarradores de la Hacienda pública que asciende a una cuantía considerable de millones y eso no es posible. No queremos darnos cuenta que el bienestar de la nación no será posible conseguirlo mientras que su economía esté desequilibrada como lo está todavía a pesar del esfuerzo de sus gobernantes. El pueblo, en su afán de mejorar, no tiene más misión que pedir y ha olvidado, por lo que se ve, que la República, aunque rica en ideas, nació en un ambiente de miseria y que si no se contribuye, por mucho que ella quiera darnos le será de todo punto imposible. A la República todo son peticiones—que ella agradece por ser síntoma de vida de los pueblos—y cuando esas peticiones no nos son concedidas con arreglo a nuestra necesidad o deseo la censura se desborda. A cada instante se dice: la República debía de canalizar los ríos que se pierden en el mar y aprovechar esa riqueza; la República debía haber empezado ya un vasto plan de obras públicas para dar trabajo a los necesitados; la República debía tener dispensarios generales en todos los pueblos para atender debidamente a sus hijos; la República debió haber implantado ya la Reforma Agraria para libertar a los campesinos de su miseria; la República debe atender mejor los hospitales provinciales porque en ellos, por falta de atención, por no tener lo necesario para atender a los enfermos muchos de ellos mueren y otros que por falta de local también sucumben; las Casas del Niño no deben ser almacenes de seres escuálidos sino fábricas de alegría, los dementes debían de estar más considerados y no que muchos han muerto de hambre; la República debió haber implantado ya en todos los lugares de España cantinas y roperos escolares para que los niños pobres salieran de la miseria y barbarie en que viven; la República debía de preocuparse de la urbanización de los pueblos y, por fin, la República debió haberlo hecho todo ya según nuestro criterio, mejor dicho, según el criterio de los que

quieren ignorarlo todo. Pero es lo lamentable que cuando todas estas justas exigencias hacemos a la República nos olvidamos que nada de eso se hace con la buena voluntad, con el sentimiento o con el pensamiento. Bien sabemos todos, aunque no queramos enterarnos, que eso que le exigimos a la República, si queremos que llegue a su fin hay que unir a la buena voluntad de quienes nos gobiernan un factor importantísimo: dinero. Sin ese objeto que sirve hasta hoy para valorar el esfuerzo físico no se consigue nada.

Todo esto bien se sabe. También es cierto que debido a la incultura que imperó siempre en España, fin primordial que impusieron los caciques a los pueblos para gobernarlos a su antojo, hay muchos ciudadanos que no se dan cuenta de sus deberes como tales como tampoco saben cuáles son sus derechos. Y a estos, los enemigos de la República, aprovechándose de su ignorancia, son a los que les inculcan el deber de rebelarse contra ella porque mientras así lo hacen se evitan de que comprendan la razón y de que conozcan quienes son sus verdaderos enemigos, mientras le piden a la República se evitan de que sea a ellos a quien lo hagan; mientras que la República fija su atención en tales peticiones—que por ser muchas y variadas no se da tiempo para resolverlas como merecen—los que arruinaron y robaron a la nación van escapando a sus anchas y más se aleja el día de la rendición de cuentas. Consiguen su propósito.

La República conoce las necesidades de su suelo y quiere dotarlo de todo cuanto sus hijos le piden por ser de justicia; pero la República necesita de la comprensión de quien le pide, necesita desembarazarse, necesita liquidar su deuda, necesita dinero, necesita del sacrificio de todos. Las trampas no se pagan con promesas. ¿Que no son nuestras? Conformes. Por eso vamos a prestarle nuestra adhesión, que con ella, que es síntoma de fuerza, verá los medios de sacarlos a quienes antes se aprovecharon de lo que no era suyo a los que nos estafaron y nos amordazaron.

Tengamos cariño y fe a la República, defendamos a sus gobernantes y aportemos nuestro esfuerzo a la obra común.

Diego Rodriguez Molina

Depositario de la Cerveza

“Moritz” S. A.

